

HISTORIA
DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 35.

L47
1888

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

ESTUDIAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DEBE EN FUNDACION PARA LA TIPOGRAFIA
 CONTIENE LA HISTORIA DEL PERSECUCIONES DE LAS IGLESIAS
 EN LAS PERSECUCIONES DE LOS REYES EN LAS PERSECUCIONES
 EN LAS PERSECUCIONES DE LOS REYES EN LAS PERSECUCIONES
 EN LAS PERSECUCIONES DE LOS REYES EN LAS PERSECUCIONES
 EN LAS PERSECUCIONES DE LOS REYES EN LAS PERSECUCIONES
 EN LAS PERSECUCIONES DE LOS REYES EN LAS PERSECUCIONES

EN ESTUDIO PARA LA TIPOGRAFIA

CON MAGNIFICAS TABLAS Y FIGURAS EN EL TEXTO
 PARA LA CENSURA DIOCESANA

DE LA TIPOGRAFIA

IMPRESA Y ESTEROTIPADA EN LA TIPOGRAFIA
 DE LA TIPOGRAFIA

pues muchos de estos son sacrificados, con el único privilegio de ser aventadas sus cenizas.

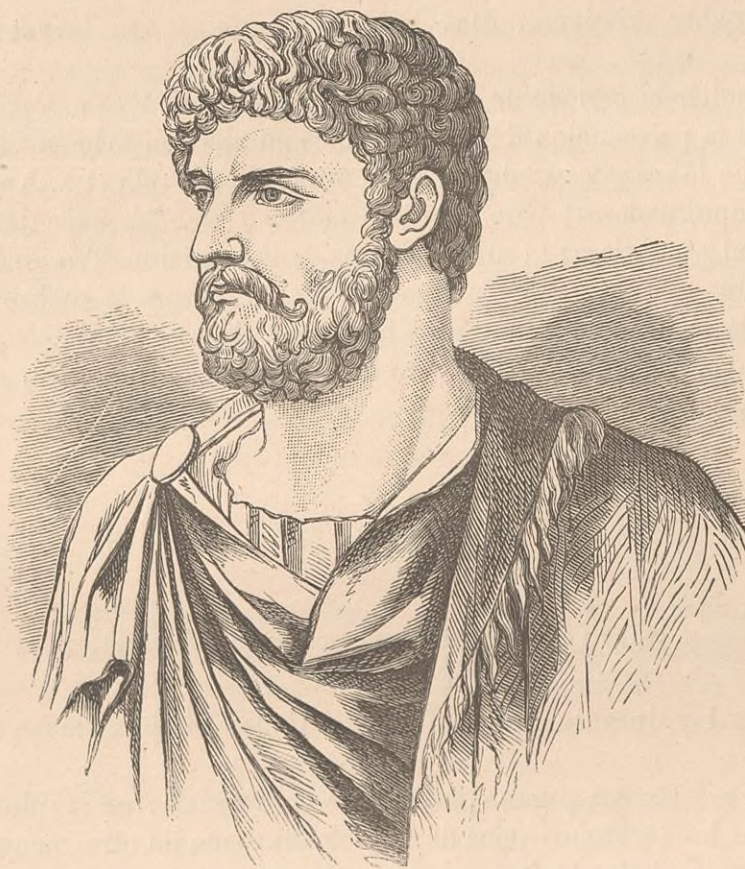
Un noble galo que siguió el partido de Albino por obligársele á la fuerza á tomar las armas, al verse condenado á muerte, despues de acudir á la clemencia de Severo, terminó preguntándole:

—Si la suerte de las armas te hubiese sido adversa, ¿qué es lo que pedirias al vencedor, y qué es lo que harias?

—Me resignaria á sufrir lo que vas á sufrir tú inmediatamente, contestó Severo ordenando que se le decapitase.

«Era un Neron, escribe el conde de Champagny, pero un Neron calculador y de sangre fria. Era, como se dijo, un Syla púnico; frio y reflexivo como Syla, salvaje como un africano (1).»

Severo se vanagloriaba de semejante politica.



CÓMODO.

—«Pompeyo y César con su moderacion y clemencia, decia, no fueron mas que unos estúpidos, y se perdieron de una manera estúpida. La politica de resultados seguros es la politica severa, dura, desconfiada de Syla, de Mario y de Augusto.»

Trató de rehabilitar la memoria de Cómodo; y cuando el Senado se atrevia á indicar por ello algo de disgusto, Severo les decia:

—«Cómodo no puede disgustar sino á infames. Condenais su memoria, y la vida de la mayor parte de vosotros es mas vergonzosa que la suya. Hacia el oficio de gladiador: ¡por Júpiter! ¿Hay alguno de vosotros que no haya hecho este oficio? ¿Por qué, pues, se ha encontrado entre vosotros quien comprase el casco y el escudo de oro de Cómodo?

Contando con las espadas, se creia poder despreciar al Senado, á la nobleza y al pueblo.

—«Paga bien al soldado, y riete de todo lo demás;» esta máxima que inculcaba á su hijo nos da la medida de su politica.

(1) *Les Césars*, X.

Inauguróse una época de absolutismo personal cual no se hubiese visto anteriormente. El Emperador lo podia todo, lo hacia todo, lo era todo; ante su personalidad, Senado, tribunales, magistratura, legislacion, todo desaparecia.

Severo fue idólatra hasta el último grado del fanatismo, supersticioso hasta la locura.

Hubo, pues, de ocuparse y se ocupó de los cristianos.

Era una época en que ya el Cristianismo constituia un hecho público de altísima importancia. Severo encontró cristianos por todas partes, en Oriente como en Occidente, en las orillas del Danubio como en las del Ródano, en Bizancio y Alejandría lo mismo que en Roma.

Los habia hasta en su propio palacio, entre sus pajes, entre los que cuidaban de la administracion de la casa imperial.

Enfermo el Emperador, debió á un cristiano su curacion; Basiano, su hijo, tuvo una nodriza cristiana, y cristianos fueron tambien algunos de sus compañeros de infancia.

En la primera época de su imperio, no solo defendió contra la persecucion, sino que honró personalmente á muchos cristianos. Mas distó mucho de ser esta la conducta de lo restante de su imperio.

Entremos á estudiar el período de esta nueva persecucion. Es una época importante de la historia. Al lado de la persecucion del poder vemos en ella con todo su vigor la persecucion doctrinal, con lo que la Iglesia va adquiriendo extraordinaria robustez. Aparecen en la escena pública temibles impugnadores; pero aparecen tambien grandes apologistas: los herejes ostentan una actividad prodigiosa; el mismo dogma de la beatísima Trinidad tiene sus audaces adversarios; mas estos ataques no sirven sino para esclarecer mas la sublime doctrina católica: con amagos de cisma se trata de conmover á la Iglesia, sin que resulte de ahí otra cosa que el dar á su unidad mayor robustez, y al centro de esta unidad, que está en la Sede romana, mayor prestigio.

LXIV.

Nuevo carácter de la persecucion doctrinal.

Á fines del siglo I y durante casi todo el siglo II, las herejias vienen á resumirse en el gnosticismo.

El gnosticismo es el error pagano batiéndose en retirada; es la pluralidad de dioses, pero no espuesta en los términos rudos de la idolatría, sino de otra manera que no choque tanto contra la razon, revistiendo formas menos absurdas; las sectas gnósticas son un paganismo espiritualizado; vienen ellas á constituir, en una palabra, el esfuerzo supremo del error que se resiste á ser aniquilado por la accion de la verdad.

Á fines del siglo II y al inaugurarse el III, la persecucion doctrinal empieza á revestir otro carácter.

A aquellos herejes que desertaban de las filas del Cristianismo, despues de haber aceptado la sublime doctrina de la unidad de Dios, conforme á las enseñanzas cristianas, les era imposible aceptar ya la diversidad de dioses gentílicos. Así fue que cayeron en un error opuesto.

Aparece entonces Noeto, natural de Éfeso ó de Esmirna, quien empieza por negar la Trinidad; para él en Dios hay unidad de esencia, unidad de naturaleza, pero tambien unidad de personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son diversos nombres que simbolizan diversas manifestaciones de una sola y única persona divina. Quien se encarnó en el seno de la Virgen es el Padre y el Espíritu Santo lo mismo que el Hijo; la única persona divina, á la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo, es la que realizó la redencion muriendo por nosotros. El Redentor es la misma persona del Padre, y, segun Noeto, ya no debe decirse que el Hijo sufrió pa-

sion y muerte, sino que siendo la paternidad lo primero que concebimos en Dios Redentor lo mismo que en Dios Creador, debe decirse que quien padeció fue Dios Padre, y de ahí el nombre que se les dió de *Patrispasianos*. Noeto pretende que él viene á emancipar á los entendimientos de la esclavitud de un cristianismo falso, y que en este concepto tiene la mision de un nuevo Moisés.

Por aquella misma época se formula la herejía de Berilo, encaminada tambien á negar la Trinidad, desposeyendo á la persona de JESUCRISTO de su divino carácter.

Berilo era un obispo de Bostra, antigua ciudad situada á 99 kilómetros S. de Damasco, y á 130 NE. de Jerusalem, de la que no quedan hoy mas que ruinas, haciéndose indispensable recorrer dilatados montones de escombros para encontrar las cinco ó seis familias que viven hoy en aquella region inculta, entre aquellos edificios sin techo y aquellas murallas medio derruidas.

Gobernó por bastantes años aquella Iglesia, grangeándose una buena reputacion; pero mas tarde se dedicó á propagar el error de que el *Logos*, el Verbo habia carecido de existencia como persona divina antes de la Encarnacion, y que solo existia en Dios en carácter de pensamiento y de prevision de su destino; que la divinidad residia en JESUCRISTO únicamente por inspiracion, por cierta influencia especial como en los profetas.

Ya en la senda del racionalismo, los herejes la recorrieron hasta el fin.

Con mas pretensiones científicas, alardeando gran superioridad de inteligencia, preséntase en aquella época el famoso Hermógenes, que mereció ser combatido por Tertuliano.

Hermógenes era un pintor. Dotado de algun talento, no tardó en preferir las tareas de la inteligencia á las de su arte.

Aficionóse al Cristianismo, que creyó lo mas bello que puede imaginarse; prendóse de la filosofía alejandrina, que juzgó lo mas profundo que puede concebirse.

Pero Hermógenes preferia á la docilidad del creyente las vanidosas pretensiones del filósofo, y al surgir en su alucinada mente un conflicto entre la filosofía y la Religion, sacrificó á esta en aras de aquella.

Hermógenes afectaba creer en Dios, creer en JESUCRISTO, en su accion sobrenatural, en su carácter divino, aceptaba los sagrados libros, es decir, pretendia estar dentro de la Religion. Pero echándola de filósofo, y siguiendo las huellas de los filósofos estóicos, planteó el siguiente problema:—Es un hecho que existe la materia, pero ¿cómo existe y cuál es su origen?

Hermógenes establece las tres hipótesis: ó el mundo ha surgido de la propia sustancia divina, es una emanacion, un desarrollo de esta sustancia, y entonces los séres de la naturaleza entran en la sustancia divina como partes en el todo, desaparece la idea de indivisibilidad é inmutabilidad que va anexa á la idea misma de Dios, Dios se completa por su creacion, y sin embargo antes de la creacion habia de ser ya completo; esto es, encontramos aquí formando parte de Dios, constituyendo su propio sér, eternidad y tiempo, infinito y finito, inmutabilidad y mutabilidad, de manera que Dios se reduce á una série de antítesis que constituyen la negacion de la idea divina; ó la materia Dios la hizo de la nada, y entonces Dios, principio esencialmente bueno, produce la materia donde encontramos el mal, y llega un momento en que principia á ser Criador y Señor, esto es, adquiere nuevas cualidades; ó Dios formó el mundo de una materia preexistente, encontrando en esta obstáculos de los que procede la existencia del mal que no podemos negar como hecho.

Hermógenes se declara por esta última teoría. Tertuliano nos describe á aquel pintor que se entretiene en *amasar con sus sofismas sombras sin luz*.

«Su genio inquieto, nos dice, le destinaba naturalmente á la herejía. Se cree elocuente por el solo hecho de que habla mucho (1);» le refuta de una manera irrefutable probando que, partiendo de su falsa hipótesis, esta materia preexistente debe ser eterna, y por lo tanto, igual

(1) *Adv. Hermogenem.*, II, III.

á Dios, porque donde hay la eternidad es indispensable que haya tambien allí la divinidad, puesto que debe residir allí el sér, la sustancia en toda su plenitud, y demuestra que el problema de la existencia del mal, que se resuelve perfectamente en el principio de la libertad humana por una parte, el de la gradacion lógica de los séres por otra, no queda resuelto con la teoría de Hermógenes, pues Dios no se libra de responsabilidad en la existencia del mal habiendo operado sobre una materia que habia de producirlo.

Conforme dejamos indicado, Hermógenes pretendia poder continuar perteneciendo á la Iglesia, aun cuando negaba la creacion, é invocaba en pro de su error el testimonio de las Escrituras.

Empezó por decir que no se desprendia de ningun texto del Génesis el que Dios hubiese hecho el mundo de la nada.

Es preciso dejar bien sentados los términos de la cuestion. «¿Qué quiere decir hacer el mundo de la nada?... Esto no significa que Dios se sirviera de la nada como de un elemento para fabricar el mundo; lo que significa es que el mundo no existe necesariamente, que el mundo ha recibido de Dios, no solo su forma y su movimiento, sí que tambien su sér, su sustancia; que aunque dependiente de Dios, el mundo existe en realidad separado de Dios, que la voluntad divina ha producido el mundo libremente y por la sola virtud de su eficacia; sin el concurso de otro principio alguno, puesto que fuera de Dios y de sus obras nada existe; en fin, que el poder divino se distingue del poder humano, no solo en el carácter de que este es limitado y aquel es sin límites, sino que además hay la diferencia de que Dios da el sér, y nosotros solo alcanzamos á modificar lo que ya existe. En este sentido, cuando se afirma que Dios no pudo sacar el mundo de la nada, se limita el poder de Dios; y este poder no tiene sino un límite, que es lo contradictorio. ¿El producir una sustancia implica contradiccion? Que lo prueben. No son los partidarios de la creacion los que deben probar su posibilidad. Si algo hay demostrado es la omnipotencia divina. Si hay un sér que no puede producir el Dios que todo lo puede, lo que resta que hacer es probar la escepcion, es decir, presentar la prueba de que la produccion de un sér es absurda y contradictoria (1).» Es esta una página de buen sentido arrancada á un escritor á quien no se puede criticar de prevenido en favor de las enseñanzas católicas, y que hemos creído deber reproducir porque deja la cuestion muy bien planteada.

Para sostener la eternidad de la materia apoyándose en la Biblia, Hermógenes invocó un texto que prueba todo lo contrario, que es el que dice: *In principio creavit Deus cælum et terram*. Por estas palabras *In principio*, Hermógenes entiende una sustancia primordial de la que Dios sacó el mundo. Habia, dice, una materia preexistente, informe, agitada por un movimiento vago, sin plan y sin objeto. Dios se encargó de dar direccion á aquel movimiento, de regularizar aquella impulsión ciega, produciendo el mineral, la planta, el sér viviente; pero no pudo vencer ciertas resistencias de aquel elemento que son las que producen los desórdenes en el mundo.

A los errores de Hermógenes, Tertuliano responde con esta admirable página:

«Yo veo á Dios consumir todas sus obras por grados, haciendo aparecer primero el mundo con elementos informes; y despues de darles forma, consagrarlo como si fuera un templo. No comienza por inundar el dia con los resplandores del sol, ni templar las tinieblas con los consoladores rayos de la luna, ni sembrar en el cielo sus estrellas, ni poblar las aguas de habitantes. No dota desde luego la tierra de su riquísima fecundidad. Primero crea el sér, y mas tarde lo completa para que no permanezca en el vacío; porque, como dice Isaías, quiso hacer de la tierra, no una morada vacía, sino un lugar habitado... En cuanto á una materia eterna, yo la busco en vano en la relacion de Moisés: Hermógenes puede haberla encontrado entre sus colores; de seguro que no la encontrará jamás en las Escrituras divinas (2).»

(1) Julio Simon, *Historia de la Escuela de Alejandria*.

(2) *Adv. Hermogenem*, XXIX, XXXII.

LXV.

Mártires en África.

La Iglesia iba haciendo su camino.

Ya no era solo entre las clases populares donde reclutaba sus fieles. Las academias, el foro le proporcionaban celosos propagandistas.—«Estamos invadidos, exclamó el pueblo; en la ciudad, en las aldeas, en las islas, por todas partes cristianos; se encuentran de pertenecientes á todas las edades, á todos los sexos, á todas las condiciones (1).»

El pueblo murmura; los progresos del Cristianismo le tienen con razon alarmado. ¿Dónde se detendrá esta corriente? ¿Qué va á ser de la gentilidad, de nuestros templos, de nuestros ídolos, si la propagacion de la creencia cristiana continua tomando tales proporciones? dicen las clases populares.—«Las rentas del templo menguan, y nadie deposita su limosna en el sagrado cepillo,» exclaman irritados los sacerdotes idólatras.

La marejada popular contra el Cristianismo ofrece imponentes proporciones. No importa. El Cristianismo es la obra de Dios, y á Dios nadie puede atajarle el paso; donde halla abierta la puerta de la tolerancia, por allí se introduce; donde se le opondrá la barrera de la persecucion, salta por encima de aquella barrera. Le vemos venciendo siempre, robusteciéndose siempre, triunfando siempre.

No falta una magistratura indigna que está dispuesta á sacrificarlo todo para captarse el favor del populacho (2).

Las tradiciones de la tolerancia imperial se interrumpen en la época de Séptimo Severo, quien en el año 202 prohíbe con severísimas penas el abrazar el Cristianismo.

Bastó que el Emperador manifestara contra los cristianos disposiciones hostiles para que la persecucion estallase en diferentes puntos con terrible crueldad.

En Cartago, el procónsul Vigelio Saturnino, encargado de la metrópoli de Africa, hace comparecer á seis cristianos de los mas conocidos, tres hombres y tres mujeres; tales son Esperad, Narzal y Citin; Donata, Vestina y Segunda.

Al comparecer ante él les dice:

—Me parece que no os empeñareis en caer en desgracia de los muy augustos emperadores, cuando teneis un medio tan fácil de congraciaros con ellos, cual es el prestar á los dioses el honor que les es debido.

Esperad contesta:

—No creemos haber dado motivos para caer en desgracia de los jefes del imperio, cuando no nos salimos nunca de la ley, ni nadie puede quejarse de nosotros; ya que á nadie dañamos. A pesar de vuestros malos tratamientos, ni siquiera una queja ha salido de nuestros labios. Muy léjos de ello, sea cual sea el mal que nos hagáis, nosotros no os volvemos sino bendiciones; y es porque el Dios que adoramos es el verdadero.

—Deseo que sepais, les dice el Procónsul afectando un tono muy suave, que nuestro culto tiene un carácter dulce y sencillo.

—Si me haceis el honor de escucharme tranquilamente, contesta á su vez Esperad, yo os haré ver en el Cristianismo una dulzura y una sencillez que á vosotros os es desconocida.

—Está muy bien. Nada tienes que temer; explícate, que yo te escucharé de muy buen grado; pero antes espero que vas á jurar por el genio del Emperador.

—No puedo jurar por una deidad que yo no conozco. Y además ¿por qué he de jurar? No

(1) *Apolog.* 38.

(2) *Quidam vestrum quibus favor vulgi de iniquitate captatur. Ad Scapulan.* 49.

he venido aquí como culpable de delito alguno; no defraudo cosa alguna á nadie, pago el tributo á los delegados del César, porque sé que es el mismo Dios quien me lo da por príncipe. En cuanto á deidades humanas, no puedo reconocerlas; yo no adoro sino á mi Señor Dios, Rey de reyes, y dueño supremo de todas las naciones.

Saturnino le interrumpe diciéndole:

—Déjate de arengas inútiles y sacrifica sin mas dilacion á los dioses.

—Repito lo que he dicho antes, continuó Esperad: no he hecho daño á nadie, y por consiguiente nada temo.

Desentendiéndose de Esperad, Saturnino se dirigió á los demás para decirles:

—Espero que no os dejareis seducir por la tenacidad de este desgraciado, haciéndoos cómplices de su mal proceder; de lo contrario, temed los castigos del Emperador cuyas órdenes despreciais.

Citin, hablando en nombre de todos, exclamó:

—Nosotros, antes que todo, tememos á Dios.

El Procónsul ordena que los conduzcan á la cárcel, colocándolos en el cepo.

Al dia siguiente les volvió á llamar, y esta vez el interrogatorio principió por las mujeres, creyéndolas mas dispuestas á ceder, atendida la debilidad del sexo.

—¿Os resistís todavía, les pregunta, á prestar á nuestros príncipes la obediencia que les debeis, sacrificando á los dioses?

Donata, con toda la entereza de una mujer que sabe perfectamente lo que responde, dice:

—Nosotras al Emperador le prestamos los honores que como á Emperador le son debidos; pero adoraciones y votos no los ofrecemos sino á Dios.

Y otra de las mujeres exclama:

—En cuanto á mí declaro que tambien soy cristiana; sí, lo soy y lo seré siempre.

Y Segunda añade por su parte:

—Y yo no creo en otro Dios que en el de los cristianos, y quiero vivir siempre unida á Él; á dioses falsos no los adoraré nunca.

El Procónsul ordena que las mujeres se retiren.

Manda á Esperad que se acerque, y le dice:

—¿Persistes aun en tu Religion?

—Sí, persisto en ella, y declaro ante todos los presentes que soy cristiano.

—Y nosotros declaramos tambien que somos cristianos, exclaman los otros prisioneros.

—Entonces me hareis creer, dice el Procónsul, que no quereis se os conceda la menor dilacion para tomar la última providencia, ni que se os otorgue la menor gracia.

Esperad se apresura á responder con la mayor entereza:

—Es una guerra justa que sostenemos contra el error, y en guerras justas, gracias de esta clase ni se piden ni se aceptan. Disponed de nosotros; moriremos alegres por JESUCRISTO.

—¿Pero no adorais vosotros ciertos libros? pregunta el procónsul maliciosamente.

Esperad responde sin turbarse:

—Hay unos libros que los tenemos por inspirados por Dios; tales son los cuatro Evangelios de Nuestro Señor JESUCRISTO, la Epístola de san Pablo y toda la Escritura.

—Os concedo tres dias para reflexionar, terminó diciendo el procónsul.

—Todo aplazamiento es inútil, dice Esperad; soy cristiano; los que están conmigo lo son tambien: nadie podrá obligarnos á mudar de parecer: haced cuanto querais: jamás abandonaremos la fe de Nuestro Señor JESUCRISTO.

Ante una firmeza que nada era capaz de alterar el procónsul dictó en seguida su fallo.

«Mandamos que Esperad, Narzal, Citin, Voituce, Félix, Acilin, Letancio, Jaunario, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, en virtud de haber confesado que son cristianos y de haber rehusado dar al Emperador los honores que le son debidos, se les corte la cabeza.»

Al leérseles la sentencia de muerte, llenos de júbilo exclamaron á una voz:

—¡Gracias os damos, oh Dios eterno, por dignaros recibirnos en el día de hoy en el cielo entre el número de vuestros mártires!

Se les condujo al suplicio donde puestos de rodillas fueron decapitados.

LXVI.

Tertuliano consagra á los mártires las primicias de su pluma.

No se limitó aquí la persecucion en Cartago. Aquellas cárceles estaban continuamente llenas de fieles, á los que se sujetaba á toda clase de malos tratamientos.

Por fortuna la mayor fraternidad reinaba entre aquellos cristianos, y los que se hallaban libres atendian con la mayor solicitud á las necesidades de los presos.

Y no era todo el atender á las necesidades físicas. Para que no desmayaran, para que permaneciesen constantes en su fe, á la cárcel de Cartago llegó una palabra elocuente; nos referimos á la magnífica exhortacion *Ad Martyres* escrita por Tertuliano.

Parece que el sol de África, en cuya region vió la primera luz en 160, comunicó á Tertuliano aquel carácter ardiente que tanto en él se revela.

Hijo de un soldado ilustre que servia en las filas del Procónsul, tambien él sentia dentro de su pecho el corazon de soldado; pero las luchas á que le destinó la Providencia no fueron las de las armas, fueron las de la palabra y de la pluma.

De espíritu enérgico y activo, de corazon entusiasta, Tertuliano habia de figurar en una época de combates como aquella en que le tocó venir al mundo.

De sentimientos tan generosos como heróicos, aunque nacido y educado en las sectas paganas, hubo de ver en el Cristianismo la verdad, el bien, y en la lucha que estaba sosteniendo en aquella época de persecuciones de parte del furor popular, de las calumnias de críticos y filósofos, de la perfidia de los potentados, hubo de interesarse en favor de los cristianos, en los que vió la causa de la justicia contra la iniquidad, de la libertad del alma contra el despotismo idolátrico.

Las escenas del martirio le impresionaron hondamente. Escuchémosle á él mismo.

«¿Quién puede asistir á semejante espectáculo, sin que sienta el deseo de proceder á la averiguacion del misterio que en sí encierra? ¿Y este misterio una vez penetrado no se apodera inmediatamente de nosotros? Una vez en presencia de aquellos héroes, ¿no nos sentimos movidos á sufrir tambien?... Nadie hay que á la vista de aquella resignacion tan admirable no se sienta como aguijoneado á examinar lo que la produce, no abraza la verdad tan pronto como la conoce (1).»

Con estas palabras nos da á conocer Tertuliano los senderos por los que plugo á la gracia divina llamarle al Cristianismo.

Cultivó su inteligencia con toda clase de conocimientos, llegando, no solo á conocer, sino á profundizar las materias mas difíciles, escribiendo ya desde muy jóven excelentes tratados.

Hombre de palabra arrebatadora, y necesitando un campo donde brillase la lucidez de su ingenio, cerrada como estaba entonces la tribuna política, Tertuliano acudió al Foro, donde hubo de adquirir brillantes triunfos.

No fue hasta treinta y seis años que se convirtió al Cristianismo, pues en la primera época de su vida formó en las filas de los que se burlaban de las enseñanzas católicas.

Apenas convertido, dejó su vida agitada y encaminóse á Roma, á la capital que, á la par que del mundo político, lo era tambien de la religion cristiana.

Pero sus compatriocios estaban experimentando todas las consecuencias de una feroz per-

(1) *Apolog.*

secucion ; Tertuliano creyó que su deber, que su honor le llamaban á su país natal para ocupar su puesto en la lucha y participar de sus peligros.

Ya que no se le condenara al suplicio, creyó una obligacion sagrada manifestar su solidaridad con los perseguidos, escribiendo á estos su célebre discurso *Ad Martyres*.

En este trabajo se ve ya al hombre de combate. En su pluma un discurso pasa fácilmente á convertirse en una proclama.

Reviste todas sus producciones de la originalidad de su estilo. No sacrifica el pensamiento á las formas, sino que como hombre de genio hace que las formas se adapten á las exigencias del pensamiento. En sus obras se ve mas al pensador que al artista, y desdeña la redondez del periodo, la música de la frase, para ir derecho al corazon ó á la inteligencia. Los adornos de lenguaje son detalles en que se fija poco, y si aparecen en sus escritos recomendables bellezas es que brotan espontáneamente de su riquísima imaginacion.

Al dirigirse á los encarcelados empieza por manifestar que el escritor en presencia del mártir debe siempre considerarse muy pequeño.

«Séres afortunados que estais destinados al martirio, mientras la Iglesia nuestra Madre y nuestra Maestra os amamanta con la leche de su caridad, y la adhesion de vuestros hermanos hace penetrar por vuestra cárcel todo lo que necesitais para el sosten de la vida del cuerpo, permitidme tambien á mí contribuir á alimentar vuestras almas. Ya lo sabeis ; de nada serviria nutrir el cuerpo si se obliga á ayunar al espíritu. Si se cuida lo que es débil no por esto lo que es fuerte debe desdeñarse. ¿ Pero quién soy yo para que trate de alentaros ? Tambien los gladiadores mas consumados en su arte permiten, no solo á sus maestros y á sus jefes, sino á los poco experimentados y hasta á los ignorantes el dirigirles exhortaciones. El mismo pueblo les anima de léjos y no siempre sin resultado (1).»

Para hacerles mas llevaderas las penalidades de la cárcel, Tertuliano acude á su natural sistema de comparaciones en las que brilla su genio original y profundo.

«Si tenemos en cuenta que el mundo merece ser considerado como una cárcel, sin duda os convencereis de que mas bien que entrar en el calabozo habeis salido de él. El mundo es cien veces mas oscuro que vuestra cárcel ; allí las tinieblas ciegan los corazones. El mundo tiene cadenas mas pesadas : sus hierros aprisionan las almas. El mundo despide un hedor mas mefítico, el hedor de las pasiones. El mundo contiene mas culpables, iba á decir el género humano todo entero. Si no hay allí un procónsul que falla, hay en cambio un Dios que condena. Deducid, pues, de aquí, oh afortunados confesores, que habeis trocado una prision por un asilo inviolable. Os hallais en un sitio tenebroso, pero vosotros sois una luz ; duros hierros os encadenan, pero estais libres por Dios ; respirais un aire infestado, pero sois un perfume de dulzura ; aguardais la sentencia de un juez, y vosotros juzgareis á las potestades. ¡ Que se lamenta el que suspira por las delicias del siglo ! El cristiano renunció al siglo cuando era libre ; al entrar en una cárcel renunció á otra. Á vosotros, que estais fuera del siglo, la posicion que en el siglo ocupárais os ha de importar muy poco. Y si perdisteis algo de los goces de la vida, feliz el negocio que sacrifica lo menos para ganar lo mas (2).»

Les manifiesta que la cárcel tiene tambien sus ventajas para el hombre de fe.

«Aquí al menos no contemplareis los dioses extranjeros ; no os vereis envueltos en las fiestas de los paganos por el comercio mismo de la vida ; no tendreis que respirar el humo impuro de sus sacrificios, ni que oír la gritería de sus espectáculos, ni que contemplar sus escenas de sangre y de vergüenza... Lo que el desierto proporcionaba al profeta, la cárcel lo proporciona al cristiano. El mismo Señor buscaba la soledad para orar mas libremente y separarse del mundo ; en la soledad fue donde manifestó su gloria á sus discípulos. No la llamemos cárcel, llamémosla retiro. Por mas que el cuerpo esté encadenado, la carne cautiva ; en el orden del espíritu todo es libre. Sí ; andad libremente, recorred en espíritu, no bajo espacios cubiertos

(1) *Ad Martyres*, I.

(2) *Ibid.*, II.

de sombras ó de dilatados pórticos, sino por el camino que conduce á Dios. Siempre que recorrais este camino no estareis en una cárcel.»

Recordándoles que el cristiano está obligado á la lucha por un compromiso de honor y de fe, les dice:

«Convengamos, si así os place, dichosos confesores, en que la cárcel sea tambien para el cristiano una morada incómoda; ¿no nos alistamos en la milicia del Dios vivo el dia en que respondimos á las palabras del sacramento? ¿Qué soldado se promete encontrar en el servicio algo que lisonjee su delicadeza? Cuando marcha al combate no es para encontrar allí un mullido lecho, sino para descansar sobre la dura tierra y en la estrechez de una tienda de campaña, sujeto á la inclemencia de las estaciones, preparándose con un manjar grosero á las fatigas de la lucha. Os diré mas: la paz misma no es para él otra cosa que un duro y laborioso aprendizaje de la guerra.»



SÉPTIMO SEVERO.

Pinta luego las penalidades del campamento, lo fatigoso de las marchas, y añade:

«Allí es menester pasar incesantemente de la sombra al sol, del calor al frio, de la túnica á la coraza, del silencio á la gritería del campo de batalla. Por consiguiente, oh hermanos afortunados; por ruda que sea la prueba, tomadla como un ejercicio en que se templan las fuerzas del alma y del cuerpo (1).»

Recuerda las privaciones á que se sujeta el hombre, los peligros que arrostra para ventajas de un dia, para un bienestar fugaz cuando no ilusorio, para una gloria pasajera.

«Si la gloria terrestre es bastante á comunicar al alma y al cuerpo el vigor necesario para despreciar la espada, el fuego, la cruz, las bestias feroces, los tormentos; y todo por recoger algunos aplausos humanos; yo debo deciros que los sufrimientos de la vida presente son bien poca cosa en comparacion de la gloria celestial y de las recompensas divinas. Si á tanto

(1) *Ad Martyres*, III.

se evalora el lodo, ¿qué será de las perlas? ¿Se rehusará hacer por la realidad lo que hacen otros por vanos fantasmas? Dejemos á parte la gloria mundana. ¿No vemos hombres que no hacen caso de las mayores privaciones, que desdeñan las peripecias mas crueles de la lucha, solo por un orgullo miserable, por no sé qué fatal enfermedad del alma? ¡Á cuántos ociosos una torpe vanidad les lleva al oficio de gladiadores! Les gusta exponerse á la voracidad de las fieras, y se creen tanto mas bellos, cuanto es mayor el número de mordeduras y cicatrices que pueden ostentar. Los hay que se obligan á recorrer cierto espacio bajo una túnica inflamada, mientras que otros caminan con la mas impasible firmeza bajo la lluvia de golpes que caen sobre sus pacientes espaldas.

«...El Señor permite estos hechos en el mundo, para alentarnos hoy ó para confundirnos en el último de los dias si vacilamos en sufrir por la verdad y la salvacion lo que otros sufren por la perdición y la vanagloria (1).»

Les incita á sufrir por la causa de Dios lo que otros sufren por la causa de un hombre; y refiriéndose á las sangrientas luchas de los partidos que habian tenido lugar en el imperio al subir Septimo Severo á la sede imperial y cuyas consecuencias se tocaban todavía, escribe:

«Los tiempos presentes lo proclaman muy alto. ¡Cuántos personajes de la mas alta jerarquía perecen de muerte que no hacia presagiar ni su cuna, ni su posicion, ni su edad, ni su temperamento! ¿Y por qué? Por un hombre; á manos de un hombre si combatieron, á manos de sus enemigos si se adhirieron á un partido (2).»

LXVII.

Paralelo trazado por Tertuliano entre el paganismo perseguidor
y el Cristianismo perseguido.

El ilustre escritor no habia de limitar su actividad, su celo por la propaganda católica al escrito á que acabamos de referirnos, sino que habia de tomar la defensa de la Religion entonces tan desconocida por unos, tan calumniada por otros.

El primer trabajo que consagra á este objeto es su opúsculo *Ad Nationes*.

En esta produccion se propone desvanecer las preocupaciones dominantes en las clases poco ilustradas. Tarea era esta que la habian realizado ya con éxito otros apologistas; pero Tertuliano, aunque repite las mismas pruebas, sabe revestirlas de tal novedad, tienen en su pluma un carácter tan contundente, usa con tal oportunidad y acierto los argumentos *ad hominem*, se vale tan atinadamente de la ironía, que su trabajo no puede menos de admirarnos aun despues de tantos siglos y de ser este un asunto harto manoseado.

Se califica al Cristianismo de crimen que la misma conciencia individual lo condena. Si el Cristianismo fuera un crimen reprobado por la conciencia, dice, nosotros nos avergonzaríamos de él, y no obstante, nosotros nos gloriamos de ser cristianos, y al proclamar nuestra fe lo hacemos de una manera pública y solemne.

«Lo que engendra el miedo es la torpeza, lo que produce la vergüenza es la impiedad; los malos procuran ocultarse, evitan las miradas; al sorprendérseles tiemblan, al acusárseles niegan; con trabajo el tormento logra arrancarles la confesion de su falta; y si de todos modos una condena les aplasta, se reprochan á sí mismos lo que fueron, atribuyen su delito á un pasajero extravío ó á la fatalidad, y no pudiendo negar el mal declinan la responsabilidad del hecho. Pues bien, decidme: ¿obran así los cristianos? Entre ellos nada de vergüenza, nada de arrepentimiento. Someteis á un cristiano al tribunal, él lo tiene por una gloria; le prendeis, él no os opone la menor resistencia; le acusais, él no se defiende; le interrogais, él de-

(1) *Ad Martyres*, IV y V.

(2) *Ibid.* VI.

clara; le sentenciáis, él triunfa. ¿Qué delito es ese, pues, en donde no se encuentra nada de lo que caracteriza el delito (1)?»

Se trata del nombre de cristiano tan odiado por los gentiles, y él dice:

«¿Por qué motivo os encarnizáis contra ese nombre? No teneis derecho á reprocharnos un crimen imaginario que no mencionan vuestros códigos, que no define vuestra legislacion, que no se expresa en vuestros fallos. Presentadme un juez que presida los debates, una causa que se instruya, un acusado que niegue ó que declare, un abogado que defienda, y entonces yo os diré que allí hay un culpable. ¡Pero un nombre!... Si tratáis de instruir el proceso de un nombre, yo no sé qué podáis reprocharle otra cosa que el ser bárbaro, de mal presagio, inconveniente para el que lo profiere ó duro para el que lo escucha. La criminalidad de los nombres no puede pasar de aquí. Y el nombre de cristiano equivale por el sentido á unción, y aun cuando vosotros lo pronunciáis mal,—porque hasta respecto á nuestro nombre estais en la incertidumbre,—este término significaría siempre bondad ó dulzura (2). Lo que perseguís, pues, es un nombre inocente en personas inocentes, nombre que no es ni embarazoso para la lengua ni áspero para el oído, que no es fatal al individuo ni de mal presagio para la patria; un nombre, en fin, griego como tantos otros, sonoro en sus elementos y grato por su significacion. Despues de todo, no es ni con la espada, ni con la cruz, ni con los dientes de las fieras como los nombres deben castigarse.»

El lenguaje de este libro brilla de un modo particular por la concision de la frase, por ese estilo cortado en que con la concision de formas aparecen magníficos pensamientos.

Ocupándose de la maledicencia, del espíritu de difamacion que domina en Roma, dice: «Es un pueblo en que la espada se somete, pero la lengua está siempre en rebelion.» Se ocupa del efecto del sofisma, y dice: «El hombre es hecho de tal manera, que el que mejor ha hablado es el que ha dicho la verdad, pero no el que ha dicho la verdad es el que mejor ha hablado.» Con una plumada describe el verdadero carácter de la apoteosis de los emperadores: «Os complaceis en infestar el cielo haciéndolo cementerio de vuestros reyes.»

Entonces como ahora, de las faltas de unos pocos se hacia un cargo contra toda la Religion. Tertuliano contesta á este argumento:

«No tratamos de negar respecto á algunos los vicios de que les acusais... Tomad el cuerpo mas bello, mas puro, siempre encontrareis alguna imperfeccion... El cielo mismo rarísimas veces aparece con una serenidad tan completa que no veais flotar en él algun ligero celaje... La escepcion, en lo que ella tiene de defectuoso, atestigua la bondad de la regla... Vosotros mismos lo reconocéis en las conversaciones que sosteneis contra nosotros. ¿Por qué fulano carece de probidad siendo así que los cristianos son personas de bien? ¿Por qué tal otro es duro de carácter mientras que los demás son misericordiosos? Tan cierto es que rendís homenaje á la virtud de los cristianos, que si encontráis uno que sea vicioso vosotros mismos lo estrañais... Además, hombres de esta clase, no son de los nuestros, no asisten á nuestras asambleas, no ruegan con nosotros; por sus vicios han vuelto á pertenecer á vuestras filas; son vuestros (3).»

Á los que les acusan de las calamidades públicas les responde:

«No hace aun trescientos años que existimos y no debeis ignorar cuántas calamidades cayeron sobre el mundo antes de nuestra aparicion. ¡Cuántos pueblos y provincias desoladas! ¡Cuántas guerras exteriores é intestinas! ¡Cuántas pestes! ¡Cuántos incendios! ¡Cuántos terremotos! ¿Dónde estaban los discípulos de Cristo en aquellos tiempos en que los romanos suministraron á la historia tantas desgracias que contar? ¿Dónde estaban los cristianos cuando las islas de Hierennape, de Delos, de Rodas y de Creta desaparecieron con millares de hombres, cuando aquella otra isla que, segun Platon, era mas vasta que el Asia y que la Europa, fue engullida por el Atlántico, cuando el mar de Corinto quedó enjuto á consecuencia de un

(1) *Ad Nationes*, lib. I, cap. I.

(2) Los paganos acostumbran decir *Chrestiani* en vez de *Christiani*.

(3) *Ad Nationes*, lib. I, cap. V.

terremoto, cuando el diluvio inundó el universo? ¿En dónde estaban entonces, no diré los cristianos despreciadores de vuestros dioses, sino vuestros dioses mismos, menos antiguos que aquel desastre, como lo prueban las ciudades donde nacieron, donde habitaron, donde fueron sepultados, los pueblos que ellos levantaron con sus propias manos, pueblos que no subsistirían hoy á haber sido posteriores á aquella catástrofe (1)?»

No se limita Tertuliano á defender el Cristianismo, sino que pasa á impugnar el paganismo con una fuerza de lógica irresistible. Introduciéndose en el origen de las sectas paganas se expresó así:

«Si pregunto á Varron quién introdujo los dioses, me contestará sin vacilar que fueron los filósofos, los pueblos ó los poetas. Hé aquí, pues, los dioses divididos en tres clases: los de la naturaleza, que deben su existencia á los filósofos; los alegóricos, encerrados en el cerebro de los poetas, y en fin, los nacionales, entronizados por la aclamacion popular. Ya que los filósofos á fuerza de conjeturas han producido sus dioses, ya que los poetas han pedido á la fábula que les prestase sus mitos, y los pueblos se forjan sus divinidades civiles á medida de su gusto, ¿dónde deberemos ir á buscar la verdad? ¿En las conjeturas? Quien dice conjeturas dice incertidumbre. ¿En la fábula? Pero la fábula es un tejido de absurdos. ¿En la adopcion popular? Una divinidad adoptada es una divinidad pasiva, una especie de dios municipal... Es carácter de la divinidad, si queremos atenernos á lo verdadero, el no apoyarse en conjeturas inciertas, ni ser profanada por fábulas indignas, ni constituida pasivamente por adopciones. Es menester concebirla tal como es realmente en sí; cierta, íntegra, universal, porque es para todos. Por otra parte, ¿cómo creer en un dios que no presenta otra credencial que un cuento cualquiera ó la adopcion de una ciudad? Es preferible no creer en nada antes que admitir un dios conjetural, de que tengamos que avergonzarnos, ó un dios consagrado por una adopcion (2).»

Pasa luego á ridiculizar la numerosa série de dioses paganos. «No hablaré de Ascensio, dice, dios que os ayuda á subir, ni de Levícola, que preside las pendientes, ni de Fórculo, que protege las puertas, ni de Cardea, diosa de los goznes, ni de toda esa infinidad de dioses porteros. Esto no tiene nada de particular cuando colocais dioses en las cárceles y en las cocinas.»

Al tratar este asunto, deja completamente demostrada la existencia de un Dios por el principio de causalidad. «Thales, en el fondo de un pozo, dice, es el tipo de aquellos hombres á quienes la curiosidad induce á estudiar la naturaleza, sin ocuparse de Aquel que la crió y que la gobierna: estos infelices se agitan en el vacío.»

Establecida la existencia de un Dios, sigue Tertuliano combatiendo el paganismo y entra en el exámen de la razon que dan en favor de sus dioses, importados en su mayor parte de la Grecia, á los que atribuyen la prosperidad del imperio.

«Si son los dioses los que han dado á Roma su superioridad, ¿por qué Minerva no defendió á Atenas contra la invasion de Jerjes? ¿Cómo se explica el que Apolo no arrancara á Delfos de las manos de Pyrro? ¡Cómo! ¡Habrian estos dioses engrandecido el imperio romano sin poder salvar el suyo propio! No, la grandeza de Roma no es el premio de su culto á los dioses, porque este culto, tal como hoy existe, es posterior á la preponderancia de Roma. Por mas que en el origen de vuestras supersticiones encontremos á Numa, ello es que en tiempo de Numa no teniais ni estatuas ni templos donde manifestar vuestro celo religioso. Entonces la religion era sóbria, el ceremonial sencillo, se veian solamente algunos altares sobre la yerba, vasos groseros, un poco de humo que se escapaba; pero el dios no parecia en ninguna parte. En una palabra: los romanos no fueron supersticiosos antes de ser grandes; hoy no son grandes porque sean supersticiosos. Por otra parte, yo pregunto: ¿Cómo se concibe que el respeto de los romanos hácia los dioses y sus escrupulosos homenajes hayan podido valer-

(1) *Ad Nationes*, lib. I, cap. IX.

(2) *Ibid.*, I, 1.

les el imperio cuando cabalmente el imperio no ha podido acrecentarse sino con menosprecio de los dioses? En tanto es así, que, ó yo me equivoco mucho, ó los imperios se instituyen por las guerras y se agrandan por las victorias. Pues bien: estas guerras, estas victorias suponen ruinas, y los pueblos no pueden ser arruinados sin que de ello participen sus divinidades. Á la par que las murallas de las ciudades se derrumban tambien los templos; la sangre de los sacerdotes se mezcla con la de los demás ciudadanos; el oro sagrado y el profano se confunden en el saqueo general. Cada trofeo de triunfo por parte de Roma supone un sacrilegio, la victoria sobre una ciudad significa la derrota de sus divinidades, y sus ídolos participan tambien de la desgracia del cautiverio. Si estuvieran dotados de sentimiento no tolerarian á los autores de semejantes ultrajes. Podeis ofenderles contando con la impunidad, porque adorais unos dioses que no sienten. No atribuyais, pues, á los dioses la grandeza de Roma, cuando Roma no ha podido engrandecerse sino humillando á los dioses. Cada nacion ha disfrutado del imperio en su época, lo mismo los asirios que los medos, los persas como los egipcios, y tened en cuenta que al perder el imperio no es que hubiesen perdido la religion. Los imperios caen uno tras de otro; así lo quieren las revoluciones. Buscad quien ordena las vicisitudes de los siglos, y encontrareis que es el Dios que distribuye los imperios y que hoy conserva reunidas las coronas sobre la cabeza de Roma (1).»

LXVIII.

El Apologético.

La obra maestra de Tertuliano, la produccion donde se da á conocer su genio en toda su plenitud es el *Apologético*. Diez y seis siglos pasaron desde que se escribió y conserva aun todo su interés; durante este tiempo el error viene presentando diversidad de formas, la calumnia contra la religion cristiana ha acudido á diferentes recursos, no obstante el *Apologético* ha sido y sigue siendo una contestacion á los anticatólicos de todas las épocas.

Es un proceso contra los perseguidores y una defensa en favor de las víctimas que vivirá mientras viva el género humano.

No podia menos que ser altamente irritante el ver que se perseguia al Cristianismo cerrándole todas las puertas á la defensa. El *Apologético* es la religion cristiana rompiendo el círculo de hierro en que queria ahogarlo la tiranía de los gentiles.

Le concibió su autor al ver caer las cabezas de los mártires de Cartago á que antes nos hemos referido.

Los defensores de todas las escuelas filosóficas, los propagandistas de todos los cultos idólatricos hallaban campo abierto donde sostener sus doctrinas, por muy absurdas y disolventes que ellas fuesen; tan solo á los cristianos se les prohibia toda clase de expansion; tan solo á los cristianos les estaba proscrito el hacer uso de la palabra en favor de sus principios y de sus instituciones.

Ya Justino, Taciano y tantos otros protestaron contra la injusticia de que se prohibiese á la Religion de JESUCRISTO toda clase de vindicacion y que no se permitiese á sus hijos nada mas que subir á los cadalsos; pero la protesta de Tertuliano es de una fuerza superior á la de todos los que le precedieron.

Tertuliano se dirige especialmente á los que ejercen la magistratura en Cartago.

«Si vosotros, supremos magistrados del imperio, que administrais públicamente justicia en el puesto mas distinguido de esta ciudad, no sois libres para instruir y examinar la causa de los cristianos á la vista de todos; si solo en este asunto vuestra autoridad teme ó se avergüenza de indagar públicamente la justicia; si, por último, el odio de nuestro nombre, llevado á las

(1) *Ad Nationes*, II, 17.

delaciones domésticas, se opone á nuestra defensa ante los tribunales, séale á lo menos permitido á la verdad llegar hasta vosotros por la senda oculta de un escrito mudo. No es que la verdad os pida gracia, porque á ella no le sorprende su suerte. Extranjera acá abajo, sabe bien que entre extranjeros fácilmente se encuentran enemigos. Su origen, su residencia, su esperanza, su crédito, su gloria, todo está en el cielo. Por el presente no reclama sino una cosa, y es que no la condeneis sin conocerla. ¿Qué tienen que temer vuestras leyes, dentro de su imperio, si la escuchais? ¿Por ventura su poder no será aun mas respetado cuando ellas no condenaran á la verdad sino despues de haberla oido? Si la juzgais sin oirla, además de lo odioso de semejante impunidad, dais á entender que os resistís á escucharla porque sabeis que despues de haberla oido no podríais condenarla (1).»

Se acusa á los cristianos de no querer jurar por el genio de los emperadores, y en este concepto se les condena. Tertuliano se ocupa de este cargo, y establece que este hecho no constituye en manera alguna un acto de rebeldía. Jurar por el genio de los emperadores supone el reconocer en ellos un carácter divino; hé aquí lo que los cristianos no quieren hacer, no pueden hacer, no lo harán nunca. Los emperadores, por su representacion, por su carácter, por su autoridad están mas altos que los demás ciudadanos, pero mas bajos que la divinidad.

«Nosotros los cristianos hacemos súplicas por la salud de los emperadores al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo de quien los emperadores deben preferir las gracias á las de todos los otros dioses juntos. ¿Pueden ignorar que les dió el sér de hombres, que de Él reciben el imperio y la vida? Ellos sienten que no hay mas Dios que Él, que dependen únicamente de Él, colocados en segunda fila, despues de Él son los primeros, están delante y por encima de todos los dioses; por que, superiores á los vivos, ¿cómo no habrían de serlo á los muertos? Al reflexionar acerca los límites de su autoridad comprenderán que nada pueden contra Aquel por quien lo pueden todo. Que ensaye un emperador en su demencia el declarar la guerra al cielo, el traerle cautivo tras su carro de triunfo; que guarnezca el cielo con sus tropas, que lo haga tributario. ¡Sueño impotente! El emperador no es grande sino en tanto que reconoce á su Señor en el cielo. Tambien el emperador pertenece á Dios, de quien dependen el cielo y todas las criaturas. Por Dios es emperador; por Dios, antes de ser emperador, fue hombre. Del Dios que le dió la vida ha recibido la corona. Con los ojos elevados al cielo, con las manos estendidas, porque son puras; con la cabeza descubierta, porque de nada tenemos que avergonzarnos; sin fórmulas dictadas de antemano, porque en nosotros quien ruega es el corazon, pedimos todos por los emperadores, sean quienes sean, vida dilatada, reinado tranquilo, seguridad en su palacio, valor en su ejército, adhesion en el Senado, virtud en el pueblo, paz en el mundo, en una palabra; todo lo que un hombre, todo lo que un príncipe puede ambicionar (2).»

«¿Cómo podríamos nosotros, dice mas adelante, faltar al respeto religioso que debemos al elegido de nuestro Dios? Sí; lo proclamaré muy alto; para nosotros el César es mas que nadie, porque Dios le ha instituido lo que es. Yo puedo, mejor que otros, contribuir á su conservacion, no solo porque la pido á Aquel que puede concederla, sino porque poniendo la majestad imperial debajo de la divina, y solo de la divina, intereso con mayor seguridad á Dios á quien someto el César. Yo al César le hago súbdito de Dios; su igual ¡jamás! Nunca al Emperador le llamaré Dios; ya porque no sé mentir, ya tambien porque no quiero insultarle: el mismo César no puede tolerar que se le llame Dios. Hombre como es, su ventaja está en inclinarse ante la divinidad. Bastante es para él ostentar el título imperial, título que le viene de lo alto. Llamarle Dios es negarle su calidad de César, porque para que sea César es menester que sea hombre. Cuando él se adelanta con pompa sentado en su carro de triunfo, se tiene buen cuidado de advertirle que es mortal. Tras de él se coloca un heraldo que grita: —Mira tras de tí y acuérdate que eres hombre... Llamadle Dios y él se rebaja, porque le

(1) *Apolog.*, I.

(2) *Ibid.*, XXX.

decís una mentira. ¡Es mil veces mas grande cuando se le advierte para que no se figure ser una divinidad (1).»

Tertuliano, que comprende en toda su fuerza el sentimiento de la dignidad humana tal como lo presenta al hombre el Evangelio, al examinar lo que es el ciudadano respecto al representante de la autoridad, exclama:

«Yo no soy esclavo del César; mi único Señor es Dios omnipotente y eterno, dueño del César como lo es tambien mio. Si César es el padre de la patria, ¿cómo habria de ser el señor? Un dictado que significa bondad es siempre preferible al que significa poder. Ved lo que pasa con los cabezas de familia: se llaman padres antes que señores. Menos le conviene todavía al Emperador el nombre de Dios. Concederle este título es una lisonja tan degradante como funesta. Mientras vosotros teneis un emperador, ¿vais á saludar con este título á alguno de sus súbditos? Seria una ofensa sangrienta é imperdonable que atraeria las venganzas del jefe del Estado sobre vuestras cabezas, y quizás sobre la cabeza de aquel á quien hubiéseis pretendido honrar con semejante calificacion. Si quereis, pues, que la divinidad proteja al Emperador, principiad por respetarla...

«Llamar Dios al César es conspirar contra él (2).»

Insistiendo en el asunto del respeto que profesan los cristianos al representante de la autoridad, y la solicitud que manifiestan en su favor, dice en otra parte:

«Si os figurais que no tomamos el menor interés en favor de la vida de los Césares, abrid nuestros libros; son la palabra de Dios, y no los ocultamos á nadie. Vereis que se nos ordena llevar la caridad hasta rogar por nuestros enemigos y hacer bien á los que nos persiguen... Hay mas; allí encontrareis esta ley formal, explicita:—Rogad por los reyes, por los príncipes, por las potestades de la tierra, á fin de que disfruten de completa tranquilidad.—Y en efecto; si el imperio se estremece, todos sus miembros se estremecen con él, y nosotros mismos, por mas que las muchedumbres nos consideren como extranjeros, nos encontramos envueltos en sus desastres (3).»

Se acusa á los cristianos de conspirar contra la vida de los emperadores. Tertuliano acude á la lógica irrefragable de los hechos.

«Yo interrogo á los romanos mismos, yo pregunto á la inmensa muchedumbre que se agita sobre las siete colinas, si en alguna época su lengua, con todo y ser romana, perdonó á los Césares. ¡Respóndeme, oh Tíber! ¡Hablad, escuelas de gladiadores! Si la naturaleza no hubiese cubierto los corazones sino de una materia trasparente, apenas encontraríamos uno donde no pudiéramos sorprender, como en un espejo, las imágenes siempre nuevas de nuevos Césares, con el deseo de alcanzar de ellos las larguezas y distribuciones acostumbradas. Sí; esto es lo que ocupa á los romanos en el momento mismo en que exclaman: ¡Oh Júpiter! toma algo de nuestra vida para añadirlo á la suya. Un cristiano, ni usa este lenguaje, ni desea un nuevo emperador. El pueblo, me contestareis, es siempre el pueblo. Pero son romanos, y nosotros no tenemos enemigos mas encarnizados que ellos. ¿Y será tal vez que los otros órdenes del Estado, segun la jerarquía que ocupan, manifiesten mas religiosa fidelidad? Nada de hostil sin duda, ni una sombra de conspiracion en el Senado, entre los caballeros, en la corte. ¿De dónde salieron, pues, los Casio, los Niger, los Albino? ¿De dónde procedian los que asesinaban á César entre bosques de laureles, los que en los gimnasios se ejercitaban en estrangular hábilmente á sus señores, los que asaltaban el palacio, mas audaces que los Sigerio y los Partenio? Si no lo recuerdo mal, eran romanos, no eran cristianos. Todos ellos, en la hora misma en que la conjuracion iba á estallar, sacrificaban por la salud del Emperador, juraban por su genio, fingian mas ó menos fidelidad, y sobre todo, no descuidaban nunca el tildar á los cristianos de enemigos públicos (4).»

(1) *Apolog.*, XXXII.

(2) *Ibid.*, XXXIV.

(3) *Ibid.*, XXXI.

(4) *Ibid.*, XXXV.

En el *Apologético* se establece un exactísimo contraste entre la conducta de los cristianos y la de sus enemigos por lo que respecta á la tranquilidad pública.

«Yo os constituyo jueces á vosotros mismos, dice á los idólatras. ¡Cuántas veces os habeis desencadenado contra los cristianos, no para obedecer á las leyes, sino para satisfacer vuestros odios personales! ¿Habeis visto que nosotros ni siquiera proyectáramos usar de represalias? ¿Se necesitaba algo mas que una sola noche y algunas antorchas para asegurarnos una venganza, si nos hubiese sido permitido rechazar el mal con el mal? No permita Dios que una religion divina recurra jamás para vengarse á fuegos encendidos por la mano del hombre, ni que se aflija siquiera por pruebas que dan á conocer lo que ella vale. Si buscando la venganza en la revuelta, levantáramos públicamente el bélico estandarte, ¿creeis que habian de faltarnos ni fuerzas ni recursos? Los moros, los marcomanos, los partos mismos ó cualquiera otra nacion contenida dentro las fronteras de su territorio ¿es mas numerosa que una sociedad que abraza el mundo? Somos de ayer, y sin embargo llenamos todo el imperio, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros municipios, vuestras asambleas, los campos, las tribus, las decurias, el palacio, el Senado, el Foro; no os dejamos sino vuestros templos. Podemos contar vuestros ejércitos; son menos numerosos que los cristianos de una sola provincia. ¡Qué guerra tan formidable seríamos capaces de acometer hasta con fuerzas desiguales, si nosotros, que nos dejamos degollar con tanto valor, no supieramos que, segun nuestra doctrina, vale mas sufrir la muerte que darla! Sin tomar siquiera las armas, sin acudir abiertamente á la rebelion, podríamos luchar ventajosamente con el solo hecho del retraimiento. Que esta inmensa multitud de hombres se resolviera á abandonaros bruscamente para habitar en alguna region lejana, y la pérdida de un número tan grande de ciudadanos cubriera de vergüenza vuestro gobierno y seria para vosotros suficiente castigo. No dudeis que espantados de vuestra soledad, en presencia del silencio universal que os rodearia, ante la inmovilidad de un mundo herido de muerte, vosotros no sabríais á quien mandar, veríais que son mas los enemigos que los ciudadanos.»

No es menos interesante la página en que describe las asambleas de los primitivos creyentes, desmintiendo á los que querian dar carácter político á aquellas reuniones.

«Unidos por el nudo de una misma fe, de una misma esperanza, de una misma moral, no formamos sino un solo cuerpo. Santamente coaligados ante Dios, le asediamos con nuestras oraciones, á fin de arrancarle por medio de una violencia que le es grata, lo que nosotros le pedimos. Nosotros oramos por los emperadores, por sus ministros, por todos los poderes, por el estado presente del siglo, por la paz para que se aplace la catástrofe final. Nos reunimos á fin de leer las Escrituras, en las que recibimos, segun las circunstancias, las luces y advertencias de que tenemos necesidad. Esta palabra santa nutre nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, aprendemos á confiar mas, y estrecha la disciplina inculcando el precepto. Allí se dan las correcciones y las exhortaciones; allí se formulan las censuras en nombre de Dios. Penetrados del pensamiento de que Dios nos ve, juzgamos con madurez, y constituye un terrible precedente para el juicio futuro el que alguno haya merecido ser arrojado de la comunión de plegarias, de nuestras asambleas y de todo santo comercio. Los ancianos presiden; y alcanzan este honor, no por dinero, sino por el testimonio de un mérito reconocido. No se compra nada de lo que atañe á las cosas de Dios; y si se halla entre nosotros un tesoro de cierta clase, jamás se nos acusaria de vender la Religion para reunirlo. Cada uno lleva todos los meses su módico tributo cuando quiere, si lo quiere y á medida de sus facultades; no se obliga á nadie; no hay cosa mas libre que semejante contribucion. Es un depósito de piedad que no se gasta en festines ni en estériles prodigalidades; sino que se emplea en mantener á los indigentes, en darles sepultura, en socorrer á huérfanos, en proporcionar recursos á los criados inútiles para el servicio, á los náufragos... Semejante reunion de hombres de bien, piadosos, castos, no la llameis una faccion; llamadla mejor un senado (1).»

(1) *Apolog.*, XXXIX, XL.

ARMONIAS ENTRE GONOS Y PESARES

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSE

POR D. JOSE PALLÉS

Este volumen forma el 2.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

LA PASION DEL REMORDIMIENTO

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSE

Este volumen forma el 3.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

AÑO DE MAYRA

Este volumen forma el 4.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

Este volumen forma el 5.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

Este volumen forma el 6.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Este volumen forma el 7.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

Este volumen forma el 8.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Este volumen forma el 9.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

Este volumen forma el 10.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

Este volumen forma el 11.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

EL REMORDIMIENTO

Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Este volumen forma el 12.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

Este volumen forma el 13.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

ILUSTRACION RELIGIOSA. LAS HISTORIAS CATÓLICAS

Este volumen forma el 14.º de la colección de novelas de este autor, y se vende en el precio de 10 rs. en el comercio de libros.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardena Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desae sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.